

Introducción

La Gran Depresión, que empezó en 1929, terminó con un extraordinario crecimiento industrial y demográfico en Los Ángeles. Durante las tres décadas anteriores, la ciudad había logrado destacar gracias a la manufactura, a su capacidad distributiva y a la mercadotecnia. Hacia 1929, el asombroso crecimiento de su población la ubicó en el quinto lugar en tamaño urbano y en el primero entre las ciudades del oeste y del sur de Estados Unidos. Al mismo tiempo, el barrio de East Los Angeles había adquirido fama de ser la comunidad mexicana más grande de ese país. Hacia 1930, el barrio, con más de noventa mil residentes, sobrepasaba en población a las capitales de los tres estados más grandes de la Unión: Albany, Nueva York; Sacramento, California, y Austin, Texas.¹ En tamaño y carácter, el lado este era, en realidad, una ciudad dentro de la ciudad. A pesar de que esta comunidad mexicana y otras similares siguieron siendo ciudades prominentes para el suroeste y para el medio oeste, poco se sabe de sus años de formación. El objetivo del presente trabajo es estudiar los orígenes y desarrollo del barrio en Los Ángeles durante el amanecer del siglo xx, su estructura económica y social, su dinámica interna y las experiencias cotidianas de sus residentes.

Antes de la publicación del influyente análisis de Stephan Thernstrom, *Poverty and Progress...*, la mayor parte de los estudios urbanos

¹ En 1930, la Oficina del Censo estimó la población mexicana de la ciudad en 97 116 y el número de mexicanos en el condado en 167 000 (U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States: 1930*, vol. 2: *Population*, 266-267, 287). La trabajadora social Hazel D. Santiago calculó que la inscripción de 35 921 niños mexicanos en las escuelas públicas de Los Ángeles en 1928 suponía una población de 190 000 habitantes ("Mexican Influence in Southern California", *Sociology and Social Research* 16 [septiembre de 1931]: 69-73). Otra trabajadora social, Linna E. Bresette, quien entrevistó a miembros del clero en relación con los servicios religiosos proporcionados a los mexicanos durante los últimos años de la década de los veinte, creía que tal vez 250 000 sería una cifra más aproximada. Véase *Mexicans in the United States: A Report of a Brief Survey to the Catholic Welfare Conference* (Washington, D.C.: 1929), 8.

se ocupaba de registrar las actividades de las elites políticas y empresariales. Thernstrom contribuyó a escribir la historia “de abajo hacia arriba” al enfatizar el análisis cuantitativo de la población de la clase trabajadora en su investigación histórica. Sin embargo, la mayor parte de los estudios que siguieron la metodología de Thernstrom se ocuparon de las ciudades del medio oeste y del este.² La explicación del porqué los grupos de inmigrantes, como los irlandeses, experimentaron poca movilidad en Boston, mientras que los judíos de Nueva York crecieron rápidamente y elevaron la tasa ocupacional en mayor medida que los italianos en esa ciudad, en realidad no dice nada de la experiencia de las minorías raciales en otros lados del país. La reciente publicación de estudios que tratan sobre los mexicoamericanos en Santa Bárbara, El Paso y Los Ángeles en el siglo XIX, además del presente estudio, nos permiten formular algunas propuestas sobre la movilidad social y la dispersión residencial en las comunidades de habla hispana del oeste.³

Ciertamente uno de los aspectos más extraordinarios del surgimiento del oeste en el siglo XX fue su crecimiento urbano. Mientras San Francisco y Denver tuvieron un sorprendente desarrollo durante el siglo XIX como resultado de la riqueza minera, solamente unas cuantas ciudades al oeste de las Rocallosas tenían zonas pobladas de más de cincuenta mil habitantes. A la llegada del nuevo siglo, una

² Stephan Thernstrom, *The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis, 1880-1970* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1973); ídem, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City* (Nueva York: Atheneum, 1971; Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1964). Véase también Leo F. Schnore, ed., *The New Urban History: Quantitative Explorations by American Historians* (Princeton: Princeton University Press, 1975); William O. Aydelotte, Allan G. Bogue y Robert W. Fogel, *The Dimensions of Quantitative Research in History* (Princeton: Princeton University Press, 1972).

³ Véase por ejemplo Thomas Kessner, *The Golden Door: Italian and Jewish Immigrant Mobility in New York City, 1880-1915* (Nueva York: Oxford University Press, 1977); Peter R. Knight, *The Plain People of Boston, 1830-1860* (Nueva York: Oxford University Press, 1971); y Humberto Nelli, *The Italians in Chicago, 1880-1930: A Study in Ethnic Mobility* (Nueva York: Oxford University Press, 1970). La reciente publicación de Albert Camarillo, *Chicanos in a Changing Society: From Mexican Pueblos to American Barrios in Santa Barbara and Southern California, 1848-1930* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979), está principalmente dedicada a mexicanos en Santa Bárbara. Véase también Mario García, *Desert Immigrants: The Mexicans of El Paso, 1880-1920* (New Haven: Yale University Press, 1981), y Richard Griswold del Castillo, *The Los Angeles Barrio, 1850-1890: A Social History* (Berkeley: University of California Press, 1979).

década después de que la Oficina del Censo de Estados Unidos (U.S. Bureau of the Census) proclamara que la frontera continua del oeste se había cerrado, Los Ángeles se convirtió en la ciudad más importante de esa zona.⁴

Una consecuencia directa de esta urbanización en el oeste y el suroeste fue el desarrollo de los barrios mexicanos. Estos enclaves daban albergue a uno de los más nuevos y al mismo tiempo más antiguos grupos de inmigrantes. Los barrios del suroeste recibieron un gran número de nuevos habitantes a principios del siglo xx, lo mismo en Los Ángeles, en San Antonio y en El Paso. Hacia 1920, salvo estas tres, las otras ciudades de la nación contaban con menos de seis mil habitantes. Diez años después, cinco ciudades, todas del suroeste —con excepción de Chicago—, registraban más de diez mil residentes mexicanos.⁵ Por todo esto, ningún estudio de la urbanización del oeste puede dejar de tomar en consideración barrios como el de la comunidad mexicana de Los Ángeles.

Desde que los colonizadores españoles fundaron la ciudad en 1781 hasta la conquista estadounidense en 1848, un lento desarrollo económico y cambios sociales relativamente inocuos fueron las características de Los Ángeles.⁶ Los mexicanos ricos eran propietarios de amplios ranchos en la cuenca de Los Ángeles, aunque mantenían sus casas en el pueblo. En éste, los rancheros acomodados vivían cerca de la plaza principal, mientras las clases pobres, especialmente mestizos e indios, vivían a ambos lados de Los Angeles River. La clase comerciante mexicana, propietaria de negocios en la plaza, vivía

⁴ Gunther Barth, *Instant Cities: Urbanization and the Rise of San Francisco and Denver* (Nueva York: Oxford University Press, 1975); Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1962); y Gerald D. Nash, *The American West in the Twentieth Century: A Short History of an Urban Oasis* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1973).

⁵ U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States, 1930*, vol. 1: *Population*, tabla 23.

⁶ Para un perfil económico y social de principios del siglo xix en Los Ángeles, véase por ejemplo, Jackson Alpheus Graves, *My Seventy Years in California, 1857-1927* (Los Ángeles: Times-Mirror Press, 1927); James Miller Guinn, *Los Angeles and Environs* (Los Ángeles: Historic Record, 1915); W.W. Robinson, *Ranchos Become Cities* (Pasadena: San Pasqual Press, 1939); Harris Newmark, *Sixty Years in Southern California, 1853-1913*, ed. de Maurice H. Newmark y Marco R. Newmark (Nueva York: Knickerbocker Press, 1916); y Boyle Workman, *The City that Grew*, ed. de Caroline Walker (Los Ángeles: Southland Publishing, 1935).

frecuentemente cerca de su trabajo y, en ocasiones, en los mismos edificios. Siendo menos de cincuenta familias en 1848, los angloamericanos y los europeos vivían al lado de los residentes mexicanos. Y como el pueblo era pequeño, las diferentes clases tenían la posibilidad de interactuar socialmente en cierta medida. El parentesco ligaba a muchos de los residentes, mientras otros establecieron lazos estrechos a través de matrimonios y mediante la tradición del compadrazgo.

Como consecuencia de la fiebre del oro en 1849 y de la formación del estado en 1850 sobrevino una migración de angloamericanos, chinos, judíos, alemanes y negros hacia California. Desde 1820, los colonos estadounidenses mostraron fuertes prejuicios en contra de los hispanohablantes, lo que se intensificó con la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848) y con la fiebre del oro. En poco tiempo, los colonos anglosajones habían establecido sus residencias y negocios más allá de la vieja comunidad de la plaza. Se cohesionaron y trataron de restringir los derechos electorales de los mexicanos y de prohibir las prácticas culturales propias de la comunidad mexicana.⁷ La población mexicana no creció a la misma tasa que la población angloamericana y se mantuvo cerca del centro del pueblo. La vieja plaza les ofrecía una iglesia católica, escuelas bilingües, tiendas y cafés manejados por dueños que hablaban español. Aun cuando el principal distrito de negocios de Los Ángeles se mudó de la plaza hacia el suroeste de la ciudad, la plaza proporcionaba a los mexicanos vivienda barata, posibilidades de hospedaje y proximidad a muchos trabajos.⁸

A diferencia de la situación de las comunidades del norte de California, donde los angloamericanos dominaban política y económicamente, no fue sino hasta la década de los setenta del siglo XIX que los mexicanos tuvieron alguna influencia política y social en Los Ángeles. Sin embargo, el paisaje urbano de la ciudad, el tejido social y la estructura política cambiaron drásticamente con la llegada del fe-

⁷ David J. Weber, *Foreigners in their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), 151; Rodolfo Acuña, *Occupied America: The Chicano Struggle for Liberation* (San Francisco: Canfield Press, 1972), 108-118.

⁸ Leonard Pitt, *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890* (Berkeley: University of California Press, 1966), 149, 263; Griswold, *The Los Angeles Barrio...*

rocarril en los primeros años de la década de los ochenta del siglo XIX. Una vez que el pueblo se conectó con los mercados del este, su población se duplicó en una década. Para los residentes mexicanos, estos cambios significaron la pérdida de su supremacía numérica y de su poder político en Los Ángeles.

Casi a diario surgían en el pueblo nuevos negocios y oficinas de profesionales. Los precios de la tierra se dispararon cuando los inversionistas compraron los viejos ranchos y los subdividieron en pequeños lotes y nuevos enclaves urbanos. El *auge* económico resultante impulsó una mayor actividad ferroviaria y de otras industrias especulativas. Los ferrocarriles Southern Pacific y Santa Fe se enfrascaron en una guerra de tarifas por el mercado de pasajeros entre el medio oeste y Los Ángeles.⁹ A mediados de 1880, los habitantes del medio oeste podían viajar a Los Ángeles por la módica suma de un dólar. Los promotores exaltaron rápidamente los atributos de la ciudad: su excelente clima, las playas tibias y la proximidad a las montañas panorámicas.¹⁰ Así, personas de todas las clases sociales venían en busca de nueva riqueza y oportunidades.

Fue entonces cuando los angloamericanos y otros colonos europeos que habían cambiado su residencia de la original zona central empezaron a llamar Sonoratown o Little Mexico a la sección de la plaza. Sonoratown seguía siendo pequeña en comparación con las nuevas comunidades residenciales de los anglos y el distrito de negocios. Más adelante, el ferrocarril interurbano y el Santa Fe construyeron depósitos cerca del corazón de la comunidad de la vieja plaza mexicana, atrayendo nuevas industrias y bodegas hacia la zona. El incremento de las construcciones forzó finalmente a los migrantes mexicanos a dispersarse fuera de la vecindad de la plaza.

⁹ Earl Pomeroy, *The Pacific Slope: A History of California, Oregon, Washington, Idaho, Utah, and Nevada* (Seattle: University of Washington Press, 1965), 107, 141; Carey McWilliams, *Southern California: An Island on the Land* (Nueva York: Duell, Sloan, and Pearce, 1946), 125-127; Walton E. Bean, *California: An Interpretative History* (Nueva York: McGraw-Hill, 1973), 277.

¹⁰ Véase por ejemplo, Joseph Hergesheimer, "The Magnetic West", *Saturday Evening Post*, no. 195, 6 de enero de 1923, 32, 35, 36, 38; James H. Collins, "Los Angeles Grows by a Formula", *Southern California Business*, no. 12 (septiembre de 1933): 18-19; Garet Garrett, "Los Angeles in Fact and Dream", *Saturday Evening Post*, no. 203, 18 de octubre de 1930, 7, 134 y ss.

Entre 1900 y 1930, Los Ángeles pasó de ser un pueblo de cien mil habitantes a una metrópoli de más de un millón.¹¹ La ciudad alcanzó este crecimiento espectacular al resolver al mismo tiempo sus problemas de energía, agua, trabajo y distribución. El área de Los Ángeles tenía una abundante fuente de depósitos de petróleo. La explotación de este energético coincidió con el descubrimiento de que podía reemplazar al carbón como combustible para los ferrocarriles, los barcos y la maquinaria industrial. En la década de los veinte, la construcción de las presas del río Colorado, 160 kilómetros al este, abarataron el costo de la electricidad, factor que resultó atractivo a los intereses de los industriales y abasteció de energía eléctrica a toda la ciudad. A pesar de que el río Colorado surtía a la ciudad de agua fresca, sus caudales no eran suficientes para dotar de agua al área urbana; de hecho, como sus alrededores eran líderes en la producción de cítricos y verduras, requerían de otras fuentes proveedoras. Los ingenieros de la ciudad y los líderes municipales acudieron al Owens Valley, en el norte de California, concentraron el agua y dirigieron su cauce hasta Los Ángeles por medio de un canal de 370 kilómetros de largo. El sueño de un puerto de gran calado se volvió realidad al iniciar el siglo, cuando el gobierno federal estuvo de acuerdo en aportar una porción del costo de la construcción. Una vez completado, barcos de todo el mundo atracaban en San Pedro. Hacia 1920, el puerto de Los Ángeles manejaba más tonelaje que ningún otro, con excepción de Nueva York.¹² Así, con un puerto de primera clase, Los Ángeles podía dar cabida al nuevo tráfico generado por la terminación del Canal de Panamá. En el fondo, con industrias reforzadas y redes de comunicación, Los Ángeles emergió como una ciudad exportadora de productos manufacturados, procesadora de productos agrícolas, importadora de maquinaria y tecnología, pro-

¹¹ U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States, Taken in the Year 1910*, vol. 1: *Population*, 854-855; *Fourteenth Census of the United States, Taken in the Year 1920*, vol. 4: *Population*, pp. 729-731; y *Fifteenth Census, 1930*, vol. 1: *Population*, pp. 248-250.

¹² Bruce Bliven, "Los Angeles: The City That Is Bacchanalian-in a Nice Way", *New Republic* 51, 13 de julio de 1927, 198-199; Shannon Crandall, "Industrial Los Angeles County", *Southern California Business* 8 (junio de 1928): 9-11. Un excelente análisis de la elevación de Los Ángeles al estatus metropolitano es el de Stephan Thernstrom, *The Growth of Los Angeles in Historical Perspective: Myth and Reality* (Los Ángeles: Institute of Government and Public Affairs, University of California at Los Angeles, 1970).

veedora de mano de obra y distribuidora de capital financiero. En el despertar de esta espectacular transformación económica y en la búsqueda de trabajadores, fueran o no calificados, la industria volteó hacia México como fuente de fuerza laboral que los constructores ferroviarios y los productores de fruta habían utilizado desde hacía varias décadas. Confiable y barata, la fuerza laboral mexicana se había convertido en la base del desarrollo industrial de Estados Unidos.

El crecimiento de las industrias en las áreas periféricas, estimulado por el nuevo comercio portuario y la introducción de un sistema de ferrocarril interurbano, hizo más fácil para los mexicanos residir fuera del corazón central de la ciudad. La posición de Los Ángeles como centro financiero importante y como proveedor de productos manufacturados para los mercados local e internacional contribuyó a un nuevo auge, el cual trajo consigo bodegas, bancos e instalaciones para transporte hasta el corazón central. El área central y el viejo barrio de Sonoratown, prácticamente abandonados veinte años antes por la elite empresarial, se convirtieron en el núcleo de la nueva industria manufacturera y de los intereses financieros. Así, ya en la primera guerra mundial, Los Ángeles enfrentaba una escasez severa de espacio urbano comercial. Sin lugar a dudas, el mejoramiento del transporte urbano aceleró la descentralización de la ciudad, lo que resultaría en que los angloamericanos y las etnias europeas residentes ahí iniciaran su desplazamiento hacia los suburbios. Este movimiento liberó la vivienda en las viejas comunidades étnicas del lado este. Mientras las etnias blancas se iban a la periferia, los mexicanos rentaban casas en los viejos vecindarios italianos, judíos y rusos.

De 1910 a 1920, mientras el flujo del trabajo de los inmigrantes se redujo en otras ciudades estadounidenses, Los Ángeles atrajo a miles de nuevos inmigrantes, fundamentalmente mexicanos. Más que en décadas anteriores, los estadounidenses estaban aterrorizados por el espectro de la “degeneración racial”. La prensa aceptó sin chistar la caracterización nativista de los mexicanos como mestizos flojos y tramposos, inclinados a la violencia.¹³ Los restriccionistas ganaron una importante batalla nacional con la aprobación de la Ley de Alfabe-

¹³ Maldwyn A. Jones, *Destination America* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1976), 225.

tización de 1917 (Literacy Act). La ley, aprobada como medida para limitar la inmigración no nórdica del sureste de Europa, animó a los nativistas de California a esperar que también detuviera la inmigración de mexicanos. Sin embargo, quedó demostrado que resultaba imposible contener la migración mexicana debido a la frontera abierta. El Congreso, presionado por las compañías ferroviarias, los agricultores y los rancheros, exentó a los mexicanos de la Ley de Alfabetización, a menos de seis meses de su aprobación, cuando la escasez de mano de obra puso en peligro las cosechas y el mantenimiento de los ferrocarriles.¹⁴

Hacia 1920, las industrias de Los Ángeles habían formado una asociación bien integrada, incluso podríamos hablar de una relación de dependencia con la fuerza laboral mexicana de carácter local. A pesar de que algunas compañías de la ciudad anunciaron públicamente su resistencia a contratar mexicanos, los migrantes hispanohablantes encontraron fácilmente trabajo en labores que no requerían capacidades especiales o en trabajos semiespecializados.¹⁵ Los mexicanos, en su desesperación por encontrar trabajo, aceptaban bajos salarios, horarios irregulares, trabajos temporales y malas condiciones laborales. Estos factores los hacían empleados modelo para las industrias de la construcción y del transporte. No obstante, al aceptar estos puestos, los trabajadores mexicanos se vieron involucrados en críticas violentas y corrieron el riesgo de sufrir agresiones personales a manos de los miembros de los sindicatos y de los trabajadores negros y blancos no sindicalizados.¹⁶ En las pocas industrias de Los

¹⁴ Mark Reisler, *By the Sweat of their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1976), 26-28.

¹⁵ Charles S. Johnson en su trabajo no publicado, "Industrial Survey of the Negro Population of Los Angeles, California" (National Urban League, 1926), encontró que los patrones tenían prejuicios en contra de los negros y los mexicanos. Algunos detalles de la encuesta de Johnson me fueron proporcionados por la oficina de la Liga Urbana Nacional de la ciudad de Nueva York a través del profesor Emory Tolbert.

¹⁶ Véase por ejemplo, Emory S. Bogardus, "The Mexican Immigrant and Segregation", *American Journal of Sociology* 36 (julio de 1930): 74-80; Harvey A. Levenstein, "The AFL and Mexican Immigration in the 1920s: An Experiment in Labor Diplomacy", *Hispanic American Historical Review* 48 (mayo de 1968): 206-219; Eva Frank, "The Mexican 'Just Won't Work'", *Nation* 125, 17 de agosto de 1927, 155-157; Ernesto Galarza, "Without Benefit of Lobby", *Survey Graphic* 66, 1 de mayo de 1931, 181; Carl L. May, "Our Anti-Social Mexican Population", *Los Angeles County Employee* 2 (1929): 12-13.

Ángeles donde el trabajo organizado detentaba el poder, los sindicatos se negaron a admitir mexicanos y apoyaron a la Federación Estadunidense del Trabajo (American Federation of Labor) en su campaña por restringir la migración mexicana.

El proceso mediante el cual los barrios y las ciudades del oeste cambiaron drásticamente durante los años de la rápida industrialización urbana preocupó a los historiadores, ya que el oeste se había negado a examinar el impacto del proceso urbano en las comunidades étnicas. Robert Fogelson, por ejemplo, asumió que los mexicanos deseaban estar en Los Ángeles sólo el tiempo necesario para ganar dinero rápidamente y regresar a su patria. Concluía que “tenían poca inclinación a mejorar las condiciones del pueblo económica o socialmente”.¹⁷ Entre 1910 y 1930, los migrantes mexicanos cubrieron el paisaje del suroeste en proporciones récord, y su flujo hacia el norte fue responsable del surgimiento actual de muchos de los barrios en esta región. Aquí analizamos el impacto sobre una de las comunidades urbanas. Además de que es importante entender la naturaleza de la vida en el barrio, es crucial también considerar cómo las fuerzas externas de la industrialización y de la urbanización han afectado la economía, las fronteras físicas y hasta la apariencia social de las comunidades mexicanas.

Uno de los problemas que existen para explicar el origen de los barrios mexicanos al inicio del siglo xx, radica en que la mayor parte de los estudios trata del desplazamiento de los mexicoamericanos a las áreas urbanas como un fenómeno posterior a la segunda guerra mundial, sin tomar en cuenta que tan temprano como en 1930, más de 50 por ciento de la población mexicana en Estados Unidos vivía en comunidades urbanas.¹⁸ Esta distorsión teórica se produjo fundamentalmente debido a que los primeros estudios sobre los mexicanos en Estados Unidos se orientaron principalmente a la inmigración rural y a la colonización. Más aún, debido a que los mexicanos, al menos la gran mayoría, habían llegado en los años de la ola migratoria (1900-1930) —en un momento cuando el oeste se man-

¹⁷ Robert Fogelson, *The Fragmented Metropolis: Los Angeles, 1850-1930* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967), 188.

¹⁸ Véase Ricardo Romo, “The Urbanization of Southwestern Chicanos in the Early Twentieth Century”, *New Scholar* 6 (1977): 185.

tenía al margen de la región de la costa este tanto política como económicamente—, los encargados de los censos, los funcionarios gubernamentales y los académicos asumieron que eran relativamente pocos en cuanto a número y, por ende, insignificantes. Es justo señalar que los estadounidenses sabían más de los mexicanos en México que de éstos en Estados Unidos.

Considerada una ciudad relativamente “nueva”, sobre todo si se le compara con Nueva York o Chicago, Los Ángeles ha atraído la atención de pocos historiadores. De hecho, las breves menciones que se han hecho varían mucho. En dos de los más recientes estudios sobre la ciudad, un académico la considera fragmentada, mientras otro, al comentar el hecho de que durante el amanecer del siglo xx California recibió algo así como dos millones de recién llegados, “la mayor parte de origen rural”, concluye que “no era ningún accidente que Los Ángeles pareciera un pueblote”.¹⁹ Las comunidades étnicas, que habían sido parte intrínseca de la historia de Los Ángeles, recibieron incluso menor atención. Solamente eventos extraordinarios como los disturbios de Watts, en 1965, llevaron a los científicos sociales a investigar la vida en estas comunidades. En consecuencia, la experiencia de los mexicanos y de otros grupos étnicos ha quedado en la oscuridad.

Robert Fogelson, en *The Fragmented Metropolis...* (relevante contribución a la historiografía de Los Ángeles), se refiere solamente de manera breve a las comunidades étnicas. A pesar de que su estudio está dedicado a los años cruciales que van desde 1850 hasta 1930, cuando Los Ángeles pasó de ser un pueblo mexicano a una metrópoli en expansión, Fogelson ignora completamente el barrio mexicano y caracteriza a los mexicanos como “transitorios”, “desajustados” e “inadaptados”. En otro pasaje, los describe como “no asimilados, no bienvenidos y desprotegidos” y, por ello, “tan profundamente aislados que la mayoría estadounidense pudo mantener inalterada su percepción de una comunidad integrada”.²⁰

Como los historiadores saben poco acerca de la urbanización de los mexicanos al inicio del siglo xx, algunos han considerado que los

¹⁹ Nash, *The American West...*, 11.

²⁰ Fogelson, *The Fragmented Metropolis...*, 138, 187, 188.

barrios mexicanos entran dentro un “modelo de gueto”. Dicho modelo, según un investigador, “sostiene la generalización de que, con algunos huecos en cualquier parte, la tasa de desviación aumenta conforme nos acercamos al centro de la ciudad”.²¹ En 1910, los reformadores progresistas dijeron que el barrio mexicano de Los Ángeles era una mancha en la fina reputación de la ciudad. Los autores contemporáneos criticaron a la colonia* al enfocarse únicamente en las experiencias patológicas de los mexicanos. Los periodistas ligaban al barrio con los vicios y las enfermedades contagiosas. Así, los funcionarios de salud, los administradores escolares y los científicos sociales se sumaron a la condena de la vida del barrio.

El antropólogo mexicano Manuel Gamio, quien visitó los grandes barrios de Los Ángeles, San Antonio y Chicago durante la década de los veinte, concluyó que la urbanización debilitó el carácter y el espíritu de los migrantes. Según Gamio, cuando el mexicano llega a las ciudades estadounidenses, “surge en él un impulso a obtener ayuda de alguna oficina externa y misteriosa, y por ello cae en confusas digresiones; así, el resultado no representa el trabajo total de su cerebro o el esfuerzo total desplegado”.²² De esta manera, para Gamio y para otros académicos, la urbanización tuvo un impacto negativo sobre la inmigración. Veinte años después, el historiador Carey McWilliams siguió la misma línea de pensamiento al escribir que debido a que los migrantes mexicanos procedían de zonas rurales, “no estaban preparados para una rápida transición a la sociedad que, en cada lugar, negaba el valor de su cultura vernácula”. McWilliams hizo eco de la observación de Gamio al escribir que: “el peón mexicano se preocupa, se confunde y en ocasiones se desmoraliza cuando entra en contacto con una sociedad urbana altamente industrializada”.²³

²¹ Ralph Thomlinson, *Urban Structure: The Social and Spatial Character of Cities* (Nueva York: Random House, 1969), 194. Una expresión de esta teoría se encuentra en Robert E. Park, “Human Migration and the Marginal Man”, *American Journal of Sociology* 33 (mayo de 1928): 881-893; y Robert E. Park y Ernest W. Burgess, *The City* (Chicago: University of Chicago Press, 1925).

* Siempre aparece en español en el original (n. de la ed.).

²² Manuel Gamio, *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: University of Chicago Press, 1930), 73.

²³ Carey McWilliams, *North from Mexico: The Spanish-Speaking People of the United States* (Filadelfia: J.B. Lippincott, 1949), 212-213.

De hecho, más recientemente, algunos científicos sociales han considerado el barrio de East Los Angeles como estático o, en el mejor de los casos, marginal frente a la gran comunidad de Los Ángeles. Las diferencias entre las diversas comunidades étnicas se han visto disipadas por el surgimiento de una imagen de gueto general que tuvo un significado racial peyorativo. Esta imagen se ha convertido en un modelo pseudocientífico. De acuerdo con esta interpretación, el gueto representa una zona urbana, donde la gente está obligada a vivir por sus características y circunstancias. David R. Hunter, quien calificó a los guetos de “malos desde cualquier punto de vista”, describió a los residentes de estas comunidades como “no calificados, pobres, no blancos, con una mala educación e ignorantes de los medios para salir adelante en la sociedad estadounidense”.²⁴ Tanto la imagen como el modelo han sido aplicados al barrio mexicano sin ningún cuidado.

Tal estudio propone que la distorsionada imagen de gueto que tienen los barrios ignora el hecho de que la mayoría de los migrantes mexicanos, por razones de idioma, parentesco y costumbres, decidieron vivir juntos en éstos, pues les proporcionaban un sentimiento de identidad nacional y una transición a la sociedad estadounidense. De esta manera, los guetos o barrios modernos no son necesariamente hogar de perdedores o de pecadores. Sam Bass Warner Jr. y Colin B. Burke expresaron la idea de que los guetos han actuado como “agentes de aculturación localizada” y han servido no sólo como hogar a la primera generación de migrantes, sino también como lugar “al que los hijos de los inmigrantes regresaban por la comida típica o al teatro de lengua extranjera o a la iglesia nacional”.²⁵ No obstante, también es cierto que, si bien algunos mexicanos residentes en barrios como el de East Los Angeles tenían la posibilidad de movilidad espacial a comunidades satélite del barrio, la mayoría se veía impedida a mudarse a barrios blancos debido a juntas de vecinos y a prejuicios restriccionistas.

Aunque algunos inmigrantes europeos han tenido dificultades en asimilarse a la cultura predominantemente anglosajona, algunos académicos que se ocupan de estudiar los patrones residenciales urbanos

²⁴ David R. Hunter, *The Slums: Challenge and Response* (Nueva York: Free Press, 1968), 59.

²⁵ Sam Bass Warner Jr. y Colin B. Burke, “Cultural Change and the Ghetto”, *Journal of Contemporary History* 4 (1969): 187.

han visto que la evolución y la caída de los enclaves de los migrantes se explican fundamentalmente a partir de las diferencias económicas derivadas del nativismo y del periodo de arribo. Por ejemplo, en *The Urban Wilderness*, Sam Bass Warner Jr. señala que entre 1870 y 1920 los vecindarios urbanos “dejaron de ser una mezcla de ricos y pobres, inmigrantes y nativos, negros y blancos” en general como lo habían sido en la zona anterior de la gran ciudad; por el contrario, Warner sugiere que los vecindarios de las metrópolis industriales “terminan por reorganizarse en un patrón sistemático de segregación socioeconómica”.²⁶ Desde la perspectiva de los habitantes negros y blancos o de nuevos y viejos grupos de migrantes, el análisis de Warner puede sostenerse firmemente. Sin embargo, los migrantes mexicanos llegaron a Los Ángeles al comenzar el siglo xx, en un momento cuando los prejuicios raciales limitaban fuertemente sus opciones de vivienda. De 1910 a 1930, el principal enclave mexicano de Los Ángeles, localizado en el interior de la ciudad antes habitada por nativos pobres, europeos recién llegados e inmigrantes asiáticos, perdió sus características heterogéneas y, en lugar de haberse segregado por razones socioeconómicas, lo hizo por motivos raciales.

La evolución de la gran comunidad étnica en una metrópoli como Los Ángeles, que hacia 1900 había ganado fama por su homogeneidad, merece un examen aparte. La afirmación en 1930 de J. Lilly en el sentido de que “Los Ángeles es para mí la ciudad más estadounidense de Estados Unidos”, expresa lo que muchos otros autores contemporáneos dijeron o creyeron acerca de esta ciudad.²⁷ En efecto, de las ciudades de Estados Unidos, Los Ángeles está entre las tres primeras por su proporción de población blanca nativa. Entre 1900 y 1930, la población nacida en el extranjero nunca rebasó 20 por ciento. En comparación, Nueva York promediaba 35 por ciento de población nacida en el extranjero durante el mismo periodo, con un máximo de 40 por ciento en 1910. La población mexicana de Los Ángeles era aproximadamente de 5 por ciento en 1900 y de 20 por ciento en 1930.²⁸ Sin

²⁶ Sam Bass Warner Jr., *The Urban Wilderness* (Nueva York: Harper and Row, 1972), 107.

²⁷ J. Lilly, “Metropolis of the West”, *North American Review* 232 (septiembre de 1931): 240.

²⁸ U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 2: *Population*, 180, 185; *Fourteenth Census, 1920*, vol. 2: *Population*, 125; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 73-78.

embargo, los promotores de la ciudad difícilmente mencionaron la presencia mexicana. No es de extrañar que, más tarde, se refirieran a los mexicanos como “el secreto mejor guardado de la nación” o como la “minoría invisible”. Ignorados por el resto de la sociedad durante buena parte del inicio del siglo xx, los barrios de Los Ángeles proporcionaron a los inmigrantes un ambiente propicio tanto para la vida familiar como para mantener muchas prácticas y valores de su patria y dotaron a la ciudad de trabajadores que animaban y sostenían el rápido crecimiento, así como la prosperidad.

Un mito, recientemente popularizado por los científicos sociales Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzman en su estudio enciclopédico *The Mexican American People* establece que los residentes de California tuvieron una actitud más tolerante hacia los mexicanos que otros estadounidenses. Grebler, Moore y Guzman sugirieron que los mexicanos encontraron en Los Ángeles mejores condiciones ocupacionales que, por ejemplo, en Texas, debido a la ausencia en Los Ángeles de arraigados sentimientos históricos en su contra. Llegaron a la conclusión de que un factor determinante para entender esta tolerancia es el hecho de que la población nativa de Los Ángeles siempre había tenido como origen, en su mayoría, el medio oeste. “A diferencia del nativo de Texas, que era el típico residente de San Antonio, los estadounidenses del medio oeste tenían probablemente pocas ideas preconcebidas sobre los mexicanos. Esto pudo haber significado alguna ventaja para los mexicanos en Los Ángeles”.²⁹ Sin duda, estos autores no tenían conocimiento alguno de la campaña antiextranjeros y antirradicales en contra de los mexicanos que empezó en 1915 y duró hasta 1919.

La década de los veinte resultó crucial para los estudios sobre migración y asimilación. Las audiencias del Congreso relativas a las leyes de cuotas y la popularidad del movimiento de americanización* con-

²⁹ Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzman, *The Mexican American People: The Nation's Second Largest Minority* (Nueva York: Free Press, 1970), 301.

* Americanización (*Americanization*) se utiliza para denominar el movimiento de finales del siglo xix y principios del xx tendiente a la asimilación de los inmigrantes a la cultura estadounidense. Si bien originalmente se refería a los inmigrantes del este y sur de Europa, aquí el término se utiliza más bien para referir los programas destinados a incorporar a los inmigrantes mexicanos durante los años veinte en ciudades de California y Chicago. Dicho movimiento constituyó una campaña integral tanto a nivel educativo como de trabajo social en las comunidades de extranjeros, con el fin de persuadirlos de dejar en el pasado su cultura de origen y proveerles las herra-

firman la preocupación de los estadounidenses por temas como los de la etnicidad y la migración. Las Leyes de Cuotas (Quota Acts) de 1921 y 1924 contribuyeron significativamente a la asimilación de los inmigrantes europeos a través del incremento de la tasa de naturalización.³⁰ Los mexicanos no se vieron afectados por las Leyes de Cuotas y, a pesar de los matrimonios, la mayor parte de la primera generación, e incluso de la segunda y tercera, los mexicoamericanos mantuvieron su fuerte vinculación con México. En virtud de que la frontera se encuentra a unas cuantas horas por tren o automóvil, muchos mexicanos mantuvieron costumbres y vínculos con su antiguo país durante un tiempo más prolongado que los europeos. Algunos estadounidenses creían que las bajas tasas de naturalización entre los inmigrantes mexicanos mostraban que el grupo únicamente deseaba explotar a Estados Unidos por sus beneficios económicos. De cualquier manera, la ausencia de interacción social entre angloamericanos y mexicanos, así como las políticas de segregación impuestas por los educadores, empleadores y desarrolladores inmobiliarios, detuvieron el proceso de asimilación desafortunadamente.

Un paseo por el barrio de East Los Angeles a inicios del siglo xx revelaba no solamente la influencia del viejo México, sino la diversidad y la adaptación. Mientras los forasteros se referían persistentemente al barrio como Sonoratown o Little Mexico, era evidente que la comunidad estaba lejos de ser una réplica de la patria. Los inmigrantes aceptaron el hecho de que no podían trasplantar todas las tradiciones y valores y, por esa razón, crearon una nueva cultura urbana.³¹ Al fre-

mientas necesarias —lingüísticas y culturales en general— para convertirlos en miembros productivos de la sociedad, para así obtener la ciudadanía. Aunque hoy la interpretación del proyecto de americanización lo acerca a las tendencias conservadoras que impulsaron las leyes de restricción a la inmigración de 1917 y 1924 (que se desarrollaron de manera paralela), en su origen, fue encabezado por liberales, quienes pretendían mejorar las condiciones de los inmigrantes en Estados Unidos (n. de la ed.).

³⁰ Robert A. Divine, *American Immigration Policy, 1924-1952* (New Haven: Yale University Press, 1957); Emory S. Bogardus, "The Mexican Immigrant and the Quota", *Sociology and Social Research* 12 (marzo-abril de 1928): 371-378.

³¹ Algunas de las características de la nueva cultura urbana mexicoamericana se reflejan en la composición de corridos. Véase por ejemplo, "El radio y chicanos" (1926), analizado por Ricardo Romo, "Los chicanos del oeste en el siglo xx", en *Las culturas hispánicas en los Estados Unidos de América* (Madrid: Asociación Cultural Hispano Norteamericana, 1978), 43.

cuentar los restaurantes mexicanos, pertenecer a las asociaciones de la comunidad, asistir a los servicios religiosos en la vieja iglesia de la plaza mexicana y conservar la lengua española, los mexicanos vivían en Los Ángeles un poco de su vieja cultura. Adicionalmente, los festivales religiosos y la observancia de las fiestas mexicanas en la ciudad unían a los residentes, les proveían de circunstancias favorables para mantener sus lazos de afinidad y patrióticos. Una variedad de instituciones de la comunidad dio a los recién llegados la oportunidad de adoptar algunos elementos y no otros de la sociedad angloamericana. De cualquier manera, la adaptación ocurrió en diferentes niveles. Los migrantes mexicanos adoptaron, por ejemplo, algunos deportes tradicionalmente estadounidenses, como el beisbol y el basquetbol, pero no hicieron mucho caso del golf o del futbol americano. El barrio de Los Ángeles, como muchas otras comunidades étnicas, actuó básicamente como estación de aculturación, donde los inmigrantes recién llegados encontraban su propio ajuste económico o social a la vida estadounidense, a un ritmo mejor que el favorecido por los programas de americanización y por los guardianes de la cultura.

Al explorar las diferencias entre las comunidades de los guetos, los historiadores se han enfocado en los europeos y los negros. Mientras los barrios mexicanos y los guetos europeos y negros compartían muchas características, varios factores distinguían los asentamientos mexicanos. Con pocas excepciones, la mayor parte de las comunidades mexicanas se localizaba al interior de una franja a 322 kilómetros de distancia de la frontera con México. La distancia y las restricciones migratorias, especialmente después de 1921, impidieron a la mayor parte de los guetos europeos alcanzar un alto crecimiento poblacional. Al mismo tiempo, la lengua española y las costumbres mexicanas florecieron en los barrios mexicanos. En Los Ángeles y en otros barrios de la zona de la frontera, los mexicanos no solamente desarrollaron y mantuvieron sus propias estaciones radiofónicas de lengua española, sino que continuaron escuchando la radio transmitida desde el otro lado de la frontera. Los periódicos de su lugar de origen se mantienen hasta estos días.³² De esta manera, la proximidad con el país de ori-

³² Para un análisis completo de la persistencia de la lengua nativa entre los inmigrantes de habla hispana, véase Joshua A. Fishman, *Language and Loyalty in the United States: The*

gen y la continua migración han influido fuertemente en el carácter de los barrios mexicanos a lo largo del presente siglo.

Esta investigación sobre comunidades específicas como el barrio mexicano de Los Ángeles debe contribuir a un mejor entendimiento de las experiencias urbanas de los mexicanos en Estados Unidos. Un atributo único del barrio de Los Ángeles fue su función como centro de distribución laboral de mexicanos no calificados. En esa ciudad, los agentes laborales arreglaron que los trabajadores mexicanos se embarcaran rumbo a Alaska, fueran en ferrocarril al medio oeste y en camiones hacia los ricos campos agrícolas del Valle de San Joaquín. En los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, este barrio adquirió la reputación de ser el principal sitio nacional para las actividades culturales y artísticas, un estatus que ha mantenido hasta el presente. Los mexicanos que viven en otros barrios del estado buscaban los periódicos de Los Ángeles editados en español. La ciudad era considerada como termómetro en materia de teatro y música. Adicionalmente, la localización del barrio dio a los residentes una perspectiva única de cómo otros grupos étnicos, incluyendo a negros, chinos, rusos e italianos, manejaron las complejidades de la aculturación y la asimilación.

Como la mayoría de los barrios del periodo 1900-1930, el de Los Ángeles se vio fuertemente impactado por el crecimiento urbano y la industrialización. De hecho, la fuerte inmigración, la dispersión residencial, el desorden racial y la intensificación de las políticas de segregación eran, probablemente, evidentes en la mayoría de los barrios de las primeras tres décadas del siglo xx. Sin embargo, lo que resulta único y lo que es común a los barrios mexicanos no podrá ser determinado sino hasta que existan más estudios sobre las comunidades mexicanas. Espero que este trabajo sea una contribución a lograr tal fin, así como el examen de un barrio importante y que redunde en un mejor entendimiento de las experiencias urbanas de los mexicanos en Estados Unidos durante los años formativos del siglo xx.

Maintenance and Perpetuation of Non-English Mother Tongues by American Ethnic and Religious Groups (La Haya: Mouton, 1966), 280-317.